Capítulo 3

La migración a los países altamente desarrollados a partir de 1945

DESDE QUE la Segunda Guerra Mundial llegó a su fin, las migraciones internacionales han crecido en volumen y cambiado su carácter. Se han dado dos fases. En la primera, de 1945 a principios de los años setenta, la principal estrategia económica del gran capital era la concentración de la inversión y la expansión de la producción en los países que ya estaban altamente desarrollados. En consecuencia, grandes cantidades de trabajadores migrantes eran atraídos desde los países menos desarrollados hacia las áreas industriales que se expandían rápidamente: Europa occidental, Norteamérica y Australia. El final de esta fase estuvo marcada por la "crisis petrolera" de 1973-1974. La recesión que vino después impulsó una reestructuración de la economía mundial, lo cual implicó inversión de capital en las nuevas áreas industriales, patrones modificados de intercambio mundial e introducción de nuevas tecnologías. Resultado de ello fue una segunda fase de migración internacional, que inició a mediados de los años setenta y alcanzó su punto más alto en los años ochenta y noventa. Esta fase implicó nuevos y complejos patrones que afectaron tanto a los viejos países de inmigración como a los nuevos países de recepción. Este capítulo discute los movimientos migratorios posteriores a 1945 hacia los países altamente desarrollados, que incluyen Europa, Norteamérica y Australia. La migración laboral hacia Japón, que no era significativa antes de mediados de los ochenta, se discute en el capítulo 6, en el contexto de la migración de la región asiática.

Migración durante la gran prosperidad

Una revisión minuciosa de literatura no es posible aquí. Para Europa la descripción se basa principalmente en nuestros propios trabajos: Castles y Kosack (1973); M.J. Miller (1981); Castles, Booth y Wallace (1984); Castles (1986); Castles (1989). Para Estados Unidos recomendamos Briggs (1984); Portes y Rumbaut (1996). Para Australia, véase Collins (1991). Para visiones generales útiles, véase Kritz, Keely y Tomasi (1983); Cohen (1987); *International Migration Re-*

view (1989). Las referencias precisas se dan sólo cuando son absolutamente necesarias.

Entre 1945 y principios de 1970, tres tipos principales de migración fueron la base de la formación de nuevas poblaciones étnicamente distintas en los países industriales avanzados:

- migración de los trabajadores desde la periferia europea a Europa occidental, con frecuencia a través de los "sistemas de trabajadores huéspedes";
- migración de "trabajadores coloniales" hacia los antiguos poderes coloniales;
- migración permanente a Norteamérica y Australia, al principio desde Europa y más tarde desde Asia y América Latina.

El momento preciso de estos movimientos tuvo variaciones: comenzaron más tardíamente en Alemania y terminaron más temprano en Gran Bretaña, en tanto que la migración hacia Estados Unidos creció en forma rápida tras las reformas migratorias de 1965 y, a diferencia de las migraciones hacia Europa occidental y Australia, no disminuyó en absoluto sino hasta mediados de los setenta. Aquí examinamos estos tres tipos que dieron lugar a la reunificación familiar y a otros tipos de migración en cadena. También hubo otros tipos de migración que no abordamos, dado que no contribuyeron de manera decisiva a la formación de minorías étnicas, estos son:

- movimientos masivos de refugiados europeos al final de la Segunda Guerra Mundial (los movimientos de refugiados posteriores a 1945 fueron más significativos en el caso de Alemania, como se discute en el capítulo 7);
- migraciones de retorno de antiguos colonizadores hacia sus países de origen cuando las colonias lograron su independencia.

Los trabajadores extranjeros y los sistemas de "trabajadores huéspedes"

Todos los países altamente industrializados de Europa occidental, hicieron uso del reclutamiento de mano de obra en algún momento entre 1945 y 1973, aunque ello en ocasiones tuvo un papel menos importante que los ingresos espontáneos de trabajadores extranjeros. Las economías en rápida expansión eran capaces de utilizar las reservas de mano de obra de la periferia europea: los países mediterráneos, Irlanda y Finlandia. En algunos casos el atraso económico era consecuencia de la colonización anterior (Irlanda, Finlandia, África del norte). En el caso del sur de Europa, el subdesarrollo era resultado de

estructuras políticas y sociales anticuadas, reforzadas por la devastación de la guerra.

Inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial, el gobierno británico ingresó 90,000 personas de los campos de refugiados e Italia, sobre todo trabajadores varones a través del esquema trabajador europeo voluntario (TEV). Los TEV estaban limitados a puestos asignados, no tenían derecho a la reunificación familiar y podían ser deportados por indisciplina. El esquema era bastante pequeño y sólo operó hasta 1951, debido a que era más fácil hacer uso de los trabajadores coloniales (véase más adelante). Otros 100,000 europeos entraron a Gran Bretaña con permisos de trabajo entre 1946 y 1951 y cierta migración europea continuó posteriormente, aunque no fue un flujo significativo (Kay y Miles, 1992).

Bélgica también empezó a reclutar trabajadores extranjeros inmediatamente después de la guerra. Se trataba en forma primordial de italianos empleados en las minas de carbón y en la industria del hierro y el acero. El sistema funcionó hasta 1963, tras de que a los trabajadores extranjeros se les permitió llegar por sí solos. Muchos llevaron consigo a sus dependientes económicos y se establecieron de manera permanente, alterando la composición étnica de las áreas industriales de Bélgica.

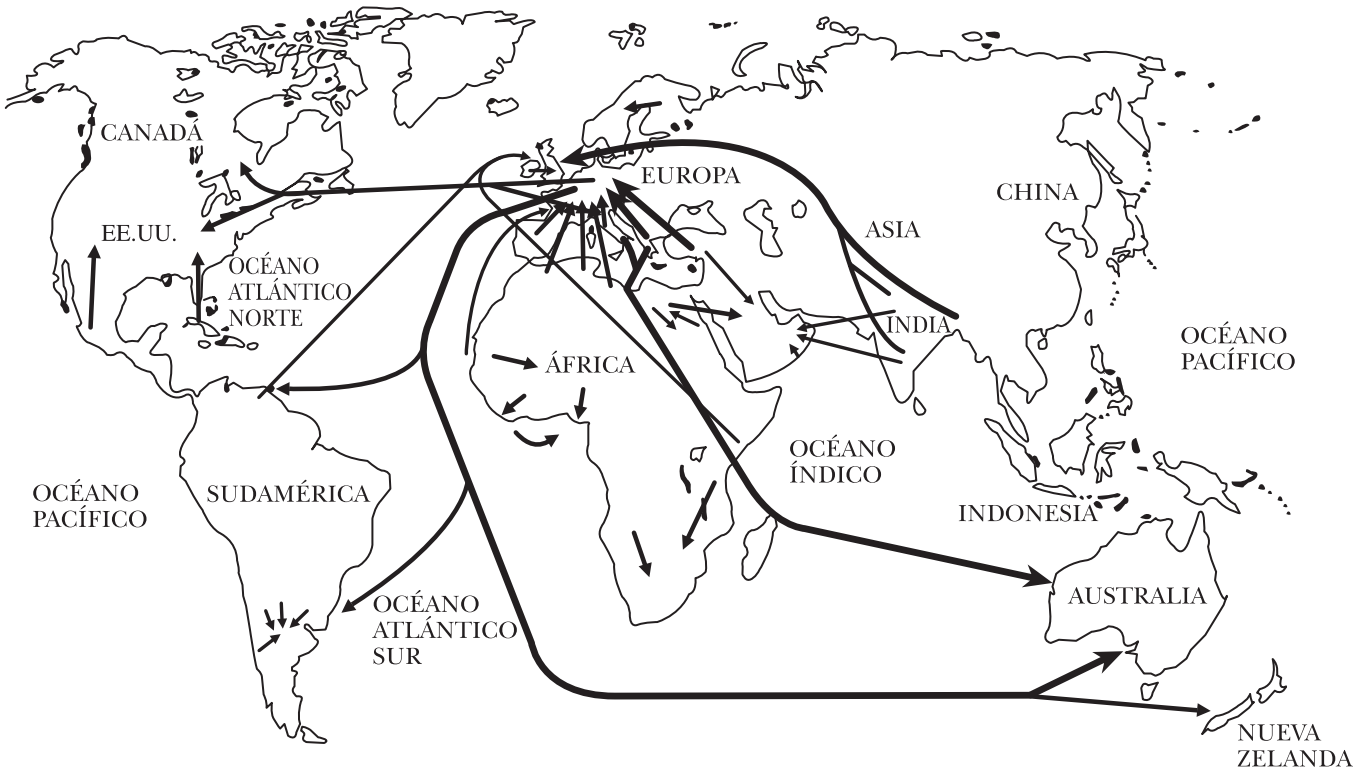
Francia estableció una Office National d'immigration (ONI) en 1945 para organizar el reclutamiento de trabajadores del sur de Europa. La migración se veía como una solución a las carencias de empleo en la posguerra y a lo que Francia denominó su "insuficiencia demográfica". En vista de que continuaban las bajas tasas de nacimiento y las pérdidas por la guerra, se preveía un establecimiento familiar masivo. La ONI coordinaba también el empleo de hasta 150,000 jornaleros temporales por año, provenientes sobre todo de España. Para 1970, residían en Francia dos millones de trabajadores extranjeros y 690,000 dependientes. Muchos percibían más fácil el llegar como "turistas", obtener un empleo y luego regularizar su situación. Esto se aplicaba en particular a los trabajadores portugueses y españoles que huían de sus respectivas dictaduras y que en general carecían de pasaportes. Para 1968, las estadísticas de la ONI revelaban que el 82 por ciento de los extranjeros que eran admitidos por ella habían llegado como "clandestinos". En todo caso, no tenía jurisdicción sobre ciudadanos franceses de departamentos y territorios en ultramar, o de algunas ex colonias (véase más adelante).

De 1945 a 1974 Suiza siguió una política de importación de mano de obra a gran escala. Los patrones reclutaban a los trabajadores extranjeros fuera del territorio suizo, mientras que el gobierno controlaba la admisión y la residencia. El cambio de empleo, el establecimiento permanente y la reunificación familiar se prohibieron a los trabajadores temporales hasta mediados de los años

MAPA 4

MIGRACIONES MUNDIALES, 1945-1973

Nota: las dimensiones de las flechas dan sólo aproximaciones del tamaño del movimiento



sesenta. Se hacía uso considerable de los trabajadores que cruzaban las fronteras cotidianamente. Las estadísticas suizas incluyen estos dos grupos como parte de la fuerza laboral pero no de la población: "trabajadores huéspedes" *par excellence*. La industria suiza se volvió dependiente en alto grado de los trabajadores extranjeros, los que componían cerca de un tercio de la fuerza de trabajo a principios de los años setenta. La necesidad de atraer y conservar a los trabajadores, en combinación con la presión diplomática de Italia, llevó a un relajamiento en la reunificación familiar y en la estancia permanente, de modo que Suiza también experimentó el establecimiento y la formación de comunidades migrantes.

Los ejemplos podrían continuar: Holanda llevó "trabajadores huéspedes" en los años sesenta y principios de los setenta, las industrias de Luxemburgo dependían en alto grado del trabajo extranjero y Suecia empleó trabajadores de Finlandia y países del sur de Europa. Otro caso que vale la pena mencionar es el de Italia, en el que la migración proveniente del sur subdesarrollado fue crucial para el despegue económico del triángulo industrial del norte entre Milán, Turín y Génova en los años sesenta: se trataba de migración interna, pero muy similar en su carácter económico y social a los movimientos de trabajadores extranjeros en otros países europeos. El caso clave para entender el "sistema de trabajadores huéspedes" lo constituyó la República Federal de Alemania (RFA), que estableció un aparato de reclutamiento altamente organizado por parte del Estado (véase recuadro 6).

En la RFA vemos en su forma más desarrollada todos los principios –pero también las contradicciones– de los sistemas de reclutamiento de mano de obra extranjera. Éstos incluyen la creencia en la estancia temporal, la restricción del mercado de trabajo y los derechos cívicos, el reclutamiento de trabajadores solteros (al principio varones, cada vez más mujeres con el transcurso del tiempo), la incapacidad para evitar por completo la reunificación familiar, el cambio gradual hacia una estancia prolongada, las presiones inexorables para el establecimiento y la formación de comunidades. Llevó más lejos al sistema, pero su elemento central –la distinción legal entre el estatus de ciudadano y el de extranjero como criterio para determinar los derechos políticos y sociales– habría de encontrarse en toda Europa (véase Hammar, 1985a).

Los acuerdos multinacionales y bilaterales se utilizaron también para facilitar la migración de mano de obra. El libre tránsito de los trabajadores dentro de la Comunidad Europea (CE) que entró en práctica en 1968, fue relevante sobre todo para los trabajadores italianos que iban a Alemania; mientras que el mercado laboral nórdico afectó a los finlandeses que iban a Suecia. Los acuerdos de la CE fueron el primer paso hacia la creación de un "mercado laboral europeo" que habría

RECUADRO 6
EL SISTEMA ALEMÁN DE "TRABAJADORES HUÉSPEDES"

El gobierno alemán empezó a reclutar trabajadores huéspedes a mediados de los años cincuenta. La Oficina Federal del Trabajo (OFT) (Bundesanstalt für Arbeit) estableció oficinas de reclutamiento en los países del mediterráneo. Los patrones que requerían mano de obra extranjera pagaban una cuota a la OFT, la que seleccionaba a los trabajadores poniendo a prueba las habilidades para el empleo, realizando exámenes médicos y revisando los archivos policiales. Los trabajadores eran llevados en grupos a Alemania, donde los patrones debían proporcionar el alojamiento inicial. El reclutamiento, las condiciones de trabajo y la seguridad social estaban regulados por acuerdos bilaterales entre la RFA y los países de salida: primero Italia, luego Grecia, Turquía, Marruecos, Portugal, Túnez y Yugoslavia.

La cifra de trabajadores extranjeros en la RFA ascendió de 95,000 en 1956 a 1'300,000 en 1966 y 2'600,000 en 1973. Esta migración masiva fue consecuencia de una rápida expansión industrial y del salto a nuevos métodos de producción masiva que requerían grandes cantidades de trabajadores con poca capacitación. Las trabajadoras extranjeras desempeñaron un papel importante, en especial en los últimos años: su mano de obra era muy solicitada en textiles, ropa, bienes eléctricos y otros sectores de la manufactura.

Las políticas alemanas concebían a los migrantes como unidades temporales de mano de obra que podían ser reclutadas, utilizadas y regresadas según requirieran los patrones. Para entrar y permanecer en la RFA, un migrante necesitaba un permiso de residencia y uno de trabajo. Éstos se concedían por periodos restringidos; con frecuencia sólo eran válidos para empleos y áreas específicas. Se desanimaba el ingreso de los dependientes. El permiso podría retirársele al trabajador por una diversidad de razones, lo que traía como resultado que se le deportara.

Sin embargo, era imposible evitar la reunificación familiar y el establecimiento. Con frecuencia los migrantes oficialmente reclutados convencieran a sus patrones para que solicitaran a sus esposas o esposos como trabajadores. En los años sesenta, la competencia por los trabajadores con otros países de importación de mano de obra llevó a la relajación de las restricciones para la entrada de los dependientes. Las familias se establecieron y nacieron los hijos. La mano de obra extranjera comenzaba a perder su movilidad mientras sus costos sociales (vivienda, educación y salud) ya no podían evitarse. Cuando el gobierno federal detuvo el reclutamiento de mano de obra en noviembre de 1973, la motivación no fue sólo la "crisis petrolera" sino también el darse cuenta, tardíamente, que se estaba dando una inmigración permanente.

de hacerse realidad en 1993. Sin embargo, en los años sesenta, y principios de los setenta, el movimiento laboral dentro de la comunidad, de hecho estaba disminuyendo por la equiparación gradual de los salarios y los estándares de vida dentro

TABLA 1
POBLACIÓN MINORITARIA EN LOS PRINCIPALES PAÍSES DE INMIGRACIÓN DE EUROPA OCCIDENTAL, 1950-1975
(Miles)

País	*1950*	*1960*	*1970*	*1975*	*Porcentaje total de población*
Alemania (RFA)	548	686	2,977	4,090	6.6
Bélgica	354	444	716	835	8.5
Francia	2,148	2,663	3,339	4,196	7.9
Gran Bretaña	1,573	2,205	3,968	4,153	7.8
Holanda	77	101	236	370	2.6
Suecia	124	191	411	410	5.0
Suiza	279	585	983	1,012	16.0

Fuente: Castles *et al*. (1984: 87-88) (donde se enlistan en detalle las fuentes).

Notas: Las cifras para todos los países, con excepción de Gran Bretaña, son para residentes extranjeros. No incluyen a las personas naturalizadas y a los inmigrantes de las colonias holandesas o francesas. Los datos de Gran Bretaña son cifras de los censos de 1951, 1961 y 1971 y estimaciones para 1975. Los datos de 1951 y 1961 son para personas nacidas en el extranjero y no incluyen a los hijos de inmigrantes en Gran Bretaña. Las cifras de 1971 y 1975 incluyen a los hijos nacidos en Gran Bretaña de dos padres nacidos en el extranjero.

de la CE, mientras que la migración desde fuera de la comunidad aumentaba. La tabla 1 muestra el desarrollo de las poblaciones minoritarias que se suscitó a partir de la migración en países europeos seleccionados hasta 1975.

Trabajadores coloniales

La migración de las antiguas colonias fue importante para Gran Bretaña, Francia y Holanda. Entre 1946 y 1959, Gran Bretaña tuvo un flujo neto de entrada de alrededor de 350,000 personas provenientes de Irlanda, su reserva tradicional de mano de obra. Los trabajadores irlandeses aportaban trabajo manual para la industria y la construcción, muchos trasladaron a sus familias estableciéndose en forma permanente. Los residentes irlandeses en Gran Bretaña gozaban de todos los derechos cívicos, incluyendo el voto. La inmigración de trabajadores de la Nueva Commonwealth (las antiguas colonias británicas en el Caribe, el subcontinente hindú y África) empezó después de 1945 y se incrementó durante la década de los cincuenta. Algunos trabajadores llegaron a consecuencia del reclutamiento efectuado por el transporte de Londres, pero la mayoría migró de manera espontánea en respuesta a la demanda de mano

de obra. Para 1951 había 218,000 personas con orígenes en la Nueva Commonwealth (incluyendo a Paquistán, que más tarde dejó la Commonwealth), cantidad que se incrementó a 541,000 en 1961. El ingreso de los trabajadores provenientes de la Nueva Commonwealth casi se detuvo después de 1962, en parte por la introducción de severas restricciones a partir del Acta de Inmigrantes de la Commonwealth en 1962 y en parte como resultado del inicio temprano del estancamiento económico en Gran Bretaña.

No obstante, la mayoría de los inmigrantes de la Commonwealth habían llegado para quedarse; la reunificación familiar continuó hasta que fue restringida por el Acta de Inmigración de 1971. La población con origen en la Nueva Commonwealth ascendió a 1'200,000 en 1971 y 1'500,000 en 1981. En Gran Bretaña, la mayoría de los inmigrantes afrocaribeños y asiáticos, así como sus hijos gozaban de la ciudadanía formal (aunque esto ya no se aplica a los admitidos desde el Acta de Nacionalidad de 1981). Su estatus minoritario no estaba definido por ser extranjeros, sino por la extendida discriminación institucional e informal. La mayoría de los trabajadores negros y asiáticos encontraban en la industria y los servicios empleos manuales de baja capacitación; en los centros de las ciudades surgió un alto grado de segregación residencial. La desventaja educativa y social se convirtió en un obstáculo más para que la movilidad los sacara de sus posiciones iniciales de bajo estatus. Para los años setenta, era inevitable el surgimiento de minorías étnicas.

Francia experimentó una migración espontánea a gran escala, con origen en sus antiguas colonias, al igual que en el sur de Europa. Para 1970, había más de 600,000 argelinos, 140,000 marroquíes y 90,000 tunecinos. Muchos trabajadores negros llegaron también provenientes de las antiguas colonias de África occidental: Senegal, Malí y Mauritania. Algunos de estos migrantes arribaron antes de la independencia, cuando todavía eran ciudadanos franceses. Otros llegaron más tarde a través de arreglos de migración preferencial o de manera ilegal. La migración de Argelia estaba regulada por acuerdos bilaterales que daban a los migrantes argelinos un estatus único. Los marroquíes y tunecinos, en contraste, eran admitidos a través de la ONI. Muchas personas provenían también de los departamentos y territorios como Guadalupe, La Martinica y Reunión. Eran ciudadanos franceses, de modo que no existían estadísticas de migración, aunque en 1972 los cálculos los situaban entre 250,000 y 300,000. Estas migraciones estaban dominadas al principio por los hombres, pero hubo un crecimiento en la proporción de mujeres a medida que maduró el movimiento. Los inmigrantes no europeos en Francia eran relegados al fondo del mercado de trabajo, y laboraban con frecuencia bajo condiciones de gran explotación. La vivienda por lo regular estaba segregada y era de baja calidad; en efecto, en los años sesenta aparecieron "ciudades perdidas" (conocidas como *bi-*

donvilles). Los grupos de extrema derecha comenzaron a someter a los inmigrantes no europeos a campañas de violencia racial: en 1973, fueron asesinados 32 norafricanos.

Holanda recibió dos flujos principales provenientes de ex colonias. Entre 1945 e inicios de los años sesenta ingresaron hasta 300,000 "repatriados" de las antiguas Indias orientales holandesas (hoy Indonesia). Aunque la mayoría había nacido en ultramar y muchos de ellos tenían padres de origen mixto, holandés e indonesio, eran ciudadanos holandeses. La política oficial de asimilación parece que funcionó bien en este caso; hay poca evidencia de racismo o discriminación contra este grupo. La excepción la conforman los 32,000 molucanos que querían regresar a su terruño si éste lograba la independencia de Indonesia. Permanecieron segregados en campamentos, y rechazaron integrarse en la sociedad holandesa. A finales de los años setenta, su falta de apego provocó varios incidentes violentos. Después de 1965 llegó una cantidad mayor de trabajadores negros provenientes del territorio caribeño de Surinam. En 1975, se alcanzó una cima en los dos años previos a la independencia, momento en el cual los originarios de Surinam (a excepción de aquellos que ya vivían en Holanda) perdieron la ciudadanía holandesa. Para finales de los setenta se calculaba que había unos 160,000 surinameses en ese país.

Migración permanente a Norteamérica y Australia

La migración en gran escala hacia Estados Unidos se desarrolló más tarde que en Europa occidental, debido a la legislación restrictiva puesta en práctica en los años veinte. Ingresaban anualmente en promedio 250,000 personas en el periodo 1951-1960 y 330,000 por año entre 1961-1970: una gran distancia respecto al promedio de 880,000 inmigrantes anuales entre 1901 y 1910. El censo de 1970 mostró que la cantidad de personas nacidas en el extranjero había descendido a 9'600,00, tan sólo el 4.7 por ciento de la población (Briggs, 1984: 7). Las enmiendas de 1965 al Acta de Inmigración y Nacionalidad fueron vistas como parte de la legislación de los derechos civiles del periodo, diseñada para retirar el sistema de cuotas según origen nacional. No se esperaba ni se tenía la intención de que tuviera como consecuencia una inmigración a gran escala proveniente de Europa (Borjas, 1990: 29-33). De hecho, las enmiendas crearon un sistema de inmigración a nivel mundial donde el criterio más importante para la admisión era el parentesco con ciudadanos o residentes de Estados Unidos. El resultado fue un aumento dramático de migración proveniente de Asia y América Latina.

Los patrones de Estados Unidos, en particular de la agricultura, reclutaron en México y el Caribe también a trabajadores migrantes temporales, sobre todo

hombres. Los trabajadores nacionales organizados fueron bastante críticos y argumentaban que se verían desplazados y disminuirían los sueldos. Las políticas del gobierno variaban: en ocasiones se introdujeron sistemas de reclutamiento temporal de mano de obra como el Programa Bracero mexicano de los años cuarenta. En otros periodos el reclutamiento estuvo formalmente prohibido, pero se le toleraba tácitamente, lo que implicó la presencia de gran cantidad de trabajadores ilegales. Es significativo que las enmiendas de 1952 a la ley de inmigración de Estados Unidos incluyeran la "condición de Texas" que se interpretaba como una forma de evitar el castigo a los patrones que emplearan trabajadores extranjeros no autorizados.

Canadá instauró políticas de inmigración masiva después de 1945. Al principio sólo se admitían europeos. La mayoría de quienes llegaban eran británicos, pero pronto los europeos del sur y del este jugaron un papel de creciente importancia. Los mayores flujos de inmigrantes de los años cincuenta y sesenta eran de alemanes, italianos y holandeses. La introducción de un "sistema de puntos" que no discriminara al evaluar a migrantes potenciales después del Acta White Paper de 1966, abrió la puerta para migrantes no europeos. Los principales países de origen en los años setenta fueron Jamaica, India, Portugal, Filipinas, Grecia, Italia y Trinidad (Breton *et al*., 1990: 14-16). A lo largo del periodo se estimuló la llegada familiar y los inmigrantes eran vistos como colonizadores y futuros ciudadanos.

Australia inició un programa de inmigración masiva después de 1945, pues los diseñadores de política creían que la población de 7'500,000 necesitaba aumentar por razones económicas y estratégicas. Para más detalles y fuentes sobre Australia, véase Collins (1991); Castles *et al.* (1992c). La política, que se resume en el lema popular "poblar o perecer" era de inmigración familiar permanente. El objetivo inicial era de 70,000 migrantes por año, con una proporción de 10 británicos por cada "extranjero". No obstante, resultó imposible atraer suficientes migrantes británicos. El Departamento de Inmigración empezó a reclutar refugiados de los países bálticos y eslavos, que eran percibidos como "racialmente aceptables", y anticomunistas. En forma gradual se amplió el concepto de "razas europeas aceptables" para incluir a los europeos del norte y del sur. En los años cincuenta, los principales puntos de origen de los migrantes eran Italia, Grecia y Malta. Los no europeos se rechazaban en forma absoluta ya que la idea de una Australia blanca seguía vigente. A pesar de la política de migración familiar, había exceso de varones entre quienes ingresaban, lo cual llevó a esquemas para estimular que mujeres solteras llegaran de Gran Bretaña y otros lugares. No fue sino hasta 1975 que se les permitió a las mujeres migrar como jefas de familia.

La inmigración era vista en gran parte como el motor del crecimiento de la posguerra: de 1947 a 1973 aportó el 50 por ciento del crecimiento de la fuer-

za de trabajo, lo que dio a Australia la tasa más alta de incremento de cualquiera de los países de la OCDE. Para finales de los años sesenta, se hizo más difícil atraer migrantes del sur de Europa, además, muchos regresaban a sus terruños como respuesta a los desarrollos económicos allá. La respuesta fue una mayor liberalización en la reunificación familiar, el reclutamiento en Yugoslavia y América Latina, aunado a cierta relajación de la política de Australia blanca. Para los años setenta, la industria de la manufactura se apoyaba fuertemente en la mano de obra migrante y los empleos en las fábricas eran conocidos popularmente como "trabajo migrante".

Perspectivas comparativas

Una característica común en los movimientos migratorios del periodo 1945-1973 es el predominio de los motivos económicos. Las migraciones de los trabajadores extranjeros hacia Europa occidental estuvieron motivadas en forma primordial por consideraciones económicas, tanto de parte de los migrantes como de los patrones y los gobiernos. Lo mismo se aplica para el reclutamiento de trabajadores migrantes temporales en la agricultura estadounidense. Los motivos económicos desempeñaron un papel fundamental en el programa australiano de migración posterior a la guerra, aun cuando el fortalecimiento demográfico fue también un factor a considerar. Los trabajadores coloniales que migraron hacia Gran Bretaña, Francia y Holanda, tuvieron, por lo general, razones económicas, aunque para los gobiernos las consideraciones políticas también desempeñaron un papel (como el deseo de mantener vínculos con las antiguas colonias). La migración permanente hacia Estados Unidos fue quizá el movimiento en que los factores económicos eran menos dominantes. Aun así, los propios migrantes con frecuencia tenían motivaciones económicas y su mano de obra desempeñó un papel de importancia en el crecimiento de la economía estadounidense. Por supuesto que también hubo migraciones de refugiados en las que las motivaciones económicas eran de importancia secundaria. Los móviles básicamente económicos para la migración habrían de hacerse cada vez menos notorios en el periodo posterior a 1973.

¿Qué tan importante fue la migración de mano de obra para las economías de los países receptores? Algunos economistas argumentan que fue crucial para la expansión. Los migrantes reemplazaron a los trabajadores locales, los que durante la expansión estuvieron en posibilidad de conseguir trabajos que requerían más habilidades. Sin la flexibilidad que proporcionaba la migración, se habrían generado cuellos de botella en la producción, además de tendencias inflacionarias. No obstante, otros economistas han afirmado que la inmigración redujo el incentivo para la racionalización, lo que conservó como viables

las firmas de baja productividad y éstas retrasaron la transformación hacia formas de producción con mayor intensidad de capital. Esos observadores afirman también que el gasto de capital social en vivienda y servicios sociales para los inmigrantes redujo el capital disponible para la inversión productiva. En general hay pocas dudas de que los países de alta inmigración neta, como la RFA, Suiza, Francia y Australia tenían las tasas más altas de crecimiento en el periodo 1945-1973. Países con inmigración neta relativamente baja (como Gran Bretaña y Estados Unidos en esa época) tuvieron tasas mucho más bajas de crecimiento. Para mayor exposición sobre estos temas véase Castles y Kosack (1973: capítulo 9) y Castles *et al*. (1984: capítulo 2). De ahí que resulte convincente el argumento de que la inmigración fue económicamente benéfica en este periodo.

Otro rasgo general del periodo 1945-1973 fue una creciente diversificación en las áreas de origen, además de un incremento en las diferencias culturales entre los migrantes y las poblaciones receptoras. Al principio del periodo, la mayoría de los migrantes hacia todos los países receptores provenían de diferentes partes de Europa. Con el transcurso del tiempo, proporciones cada vez mayores provenían de Asia, África y América Latina. Esta tendencia habría de acentuarse aún más en el periodo siguiente.

Resulta ilustrativa la comparación de la situación de los trabajadores coloniales frente a la de los trabajadores huéspedes. Las diferencias son obvias: los trabajadores coloniales eran ciudadanos del antiguo poder colonial o tenían derechos preferenciales para entrar y vivir ahí. Por lo común llegaban de manera espontánea, con frecuencia siguiendo las líneas de comunicación establecidas en el periodo colonial. Una vez que ingresaban, por lo general gozaban de derechos civiles y políticos; la mayoría (aunque no todos) tenía la intención de quedarse permanentemente. Por otra parte, los trabajadores huéspedes y otros extranjeros no eran ciudadanos. Sus derechos se veían severamente restringidos; algunos llegaban de manera espontánea y eran capaces de regularizar su situación; otros llegaban ilegalmente y trabajaban sin documentos. Casi siempre eran vistos como trabajadores y se esperaba que se fueran después de unos cuantos años.

Aunque también hay similitudes, de manera especial en las situaciones económicas y sociales de las dos categorías. Las personas que componen éstas se concentraban abrumadoramente en el trabajo manual que requería escasa calificación, sobre todo en la industria y la construcción. Ambos tendían a sufrir por las condiciones deplorables de la vivienda, por las pobres condiciones sociales y por las desventajas educativas. Con el tiempo, llegaba a darse cierta convergencia en las situaciones legales, con alguna mejora en la reunificación familiar y los derechos sociales de los trabajadores extranjeros, mientras que los migrantes coloniales perdieron muchos de sus privilegios. Por último, ambos

grupos se vieron afectados por procesos de marginación similares, lo que llevó a cierto grado de separación del resto de la población al situarse en una posición de minoría étnica.

Migración en el periodo de reestructuración económica global

La restricción al reclutamiento organizado de trabajadores manuales por parte de los países industrializados, a inicios de los años setenta fue una reacción a la reestructuración fundamental de la economía mundial. El siguiente periodo se vio marcado por:

a) cambios en los patrones de inversión global, lo que incrementó la exportación de capital desde los países desarrollados y el establecimiento de industrias manufactureras en áreas previamente subdesarrolladas;
b) la revolución microelectrónica que ha reducido la necesidad de trabajadores manuales en la industria;
c) la erosión de las tradicionales ocupaciones manuales calificadas en los países altamente desarrollados;
d) la expansión en el sector de los servicios, que demanda a la vez trabajadores con alta capacitación y trabajadores con escasa calificación;
e) crecientes sectores informales en las economías de los países desarrollados;
f) crecimiento en el empleo informal, aumento en el trabajo de tiempo parcial, condiciones cada vez más inseguras de empleo;
g) una creciente diferenciación de las fuerzas laborales con base en el género, la edad y la etnia, a través de mecanismos que empujan a las mujeres, a los jóvenes y a los miembros de las minorías hacia el sector informal o casual del empleo; que fuerzan al retiro temprano de los trabajadores con habilidades obsoletas.

Estas transformaciones han tenido efectos dramáticos en África, Asia y América Latina. En algunos lugares se ha dado una rápida industrialización y un acelerado cambio social, lo que ha llevado a la emergencia de los "países industrializados recientemente" (PIR). En los países de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP), la reinversión de las ganancias del petróleo después de 1973 llevó a la industrialización y al cambio social. Pero en grandes áreas de África, América Latina y Asia, han fracasado las estrategias de desarrollo poscoloniales. Muchos países están marcados por un rápido crecimiento poblacional, sobreexplotación y destrucción de los recursos naturales, urbanización sin control, inestabilidad política, condiciones de vida en deterioro, pobreza e

incluso hambre. De ahí que la idea del "Tercer Mundo" como un área con problemas económicos y perspectivas de desarrollo comunes ha perdido su significado; ha sido reemplazada en gran parte por la de un "abismo entre el norte y el sur". La crisis económica y el cambio social en el sur generan nuevas presiones que empujan a la migración hacia el norte.

Estos desarrollos han llevado a transformaciones considerables en los patrones migratorios y nuevas formas de migración. Las tendencias principales incluyen:

a) un notable descenso de la migración de mano de obra organizada por los gobiernos hacia Europa occidental, al que ha seguido en los años noventa, el surgimiento de una segunda generación de políticas de trabajadores extranjeros temporales;
b) reunificación familiar de los que fueran trabajadores extranjeros y coloniales y la formación de nuevas minorías étnicas;
c) transición de muchos países del sur y centro de Europa de ser de emigración a inmigración;
d) continuidad de la migración hacia los "países clásicos de inmigración" de América del norte y Oceanía; sin embargo, ahora presenta grandes cambios en las áreas de origen y formas de migración;
e) nuevos movimientos migratorios (tanto internos como internacionales) en conexión con el cambio económico y social en los PIR;
f) reclutamiento por parte de los países ricos en petróleo de mano de obra extranjera proveniente sobre todo de países menos desarrollados;
g) desarrollo de movimientos masivos de refugiados y solicitantes de asilo, por lo general en un traslado que va del sur hacia el norte, pero también (en especial después de la caída del bloque soviético) del este al oeste;
h) movilidad internacional creciente de personal altamente calificado en flujos tanto temporales como permanentes;
i) proliferación de la migración ilegal y de políticas de legalización.

Más adelante y en el capítulo 4 se examinan estos movimientos con mayor detalle. Los principales flujos de población del periodo posterior a 1973 se muestran en el mapa 1.

Los migrantes y las minorías en Europa occidental

El periodo posterior a 1973 fue de consolidación y normalización demográfica de las poblaciones inmigrantes en Europa occidental. El reclutamiento, tanto de trabajadores extranjeros como coloniales cesó en gran parte. Pero después de 1990

se desarrolló una nueva generación de programas para trabajadores extranjeros temporales. Pero su escala fue pequeña en comparación con el periodo 1945-1973. Para los migrantes coloniales en Gran Bretaña, Francia y Holanda continuaron las tendencias a la reunificación familiar y el establecimiento permanente. Al mismo tiempo, el proceso de establecimiento y el surgimiento de segundas y terceras generaciones nacidas en Europa occidental, llevó a la diferenciación interna y al desarrollo de estructuras y conciencia comunitarias. Para los años ochenta, los migrantes coloniales y sus descendientes se habían convertido en grupos claramente visibles.

Por lo general, el establecimiento permanente no se había contemplado para los trabajadores extranjeros. Cuando en 1973 el gobierno alemán detuvo el reclutamiento, y otros siguieron el ejemplo, esperaban que quienes ahora eran "huéspedes" no deseados, acabaran por retirarse. Muchos estados de Europa occidental se autoproclamaron "países de inmigración cero". De hecho, algunos trabajadores extranjeros se fueron a casa, pero muchos permanecieron. Al principio los gobiernos intentaron evitar la reunificación familiar, pero con poco éxito. Al final se aceptó a regañadientes como un derecho humano. En muchos países los tribunales desempeñaron un papel de importancia para evitar las políticas que se dirigían a violar la protección de la familia, contenida en las constituciones nacionales. Las poblaciones extranjeras cambiaron su estructura. En la RFA, por ejemplo, la cifra de varones extranjeros disminuyó ligeramente entre 1974 y 1981, pero el número de mujeres extranjeras se incrementó en un 12 por ciento, mientras que la cantidad de niños menores de 15 años creció en un 52 por ciento (Castles, Booth y Wallace, 1984: 102). En vez de disminuir, como esperaban los diseñadores de políticas, la población extranjera total de la RFA permaneció más o menos constante en cerca de cuatro millones a finales de los años setenta, para aumentar de nuevo hacia los 4'500,000 a principios de los ochenta y a más de 5 millones antes de la reunificación alemana en 1990. En 1999, residían 7'300,000 extranjeros en la Alemania reunificada (OCDE, 2001: 172). La tabla 2 ofrece información sobre el crecimiento de las poblaciones extranjeras en algunos países de inmigración en Europa.

Para 1995, el total de la población extranjera en los países europeos de la OCDE era de 19'400,000, de los cuales sólo 6'700,000 eran ciudadanos de la UE. Había 2 millones de personas del norte de África, 2'600,000 de turcos y 1'400,000 de personas provenientes de la antigua Yugoslavia (OCDE, 1997: 30). Los extranjeros que se fueron después de 1973 eran sobre todo quienes provenían de países más desarrollados, donde había cierto prospecto de empleo para aquellos que retornaran. Los que permanecieron provenían de áreas menos desarrolladas, en particular Turquía y norte de África. Fue sobre los grupos de no

TABLA 2
POBLACIÓN EXTRANJERA RESIDENTE
EN PAÍSES SELECCIONADOS DE LA OCDE
(Miles)

País	*1980*	*1985*	*1990*	*1995*	*1999*	*Porcentaje total de población 1999*
Austria	283	272	423	724	748	10.0[a]
Bélgica	–	845	905	910	900	8.8
Dinamarca	102	117	161	223	259	4.9
Francia	3,714[b]	–	3,597	–	3,263	5.6[c]
Alemania	4,453	4,379	5,242	7,714	7,344	8.9
Irlanda	–	79	80	94	126[d]	3.3[d]
Italia	299	423	781	991	1,520[e]	2.6[e]
Luxemburgo	94	98	–	138	159	36.6
Holanda	521	553	692	757	651	4.1
Noruega	83	102	143	161	179	4.0
Portugal	–	–	108	168	191	2.0
España	–	242	279	500	801	2.9
Suecia	422	389	484	532	487	5.5
Suiza	893	940	1,100	1,331	1,440	19.2
Reino Unido	–	1,731	1,875	2,060	2,208	3.8

Fuente: OCDE (1992: 131, 1997: 29, 2000, 2001); Lebon (2000: 7); Strozza y Venturini (2002: 265).
[a] Cifra para 1998.
[b] Cifra para 1982.
[c] Para Francia metropolitana únicamente.
[d] Cifra para abril del año 2000.
[e] Cifra para diciembre del año 2000.
Notas: Estas cifras son para población extranjera. Por tanto, excluyen a los inmigrantes naturalizados (de importancia en particular para Francia, el Reino Unido y Suecia). Tampoco incluyen a los inmigrantes de las colonias o de antiguas colonias con la ciudadanía del país de inmigración (importantes en particular para Francia, Holanda y el Reino Unido). Las cifras para el Reino Unido en esta tabla no son comparables con las de lugar de nacimiento que aparecen en la tabla 1. Las cifras para Alemania se refieren al área de la antigua República Federal de Alemania hasta 1990 y para toda Alemania a partir de entonces. Algunos de los cálculos son propios.

europeos que se experimentó la exclusión socioeconómica a través de la discriminación y el racismo, como sucedió a los trabajadores de las antiguas colonias.

El movimiento dentro de la Comunidad Europea (CE) continuó después de 1973. Era cada vez más una migración individual, sobre todo de trabajadores calificados o personal altamente capacitado. Para finales de los años ochenta era ya una costumbre tratar a la CE (desde 1993: la UE) como un solo mercado laboral y el ver a la movilidad dentro de la UE como análoga a la migración interna dentro de una economía nacional.

En la segunda mitad de la década de los ochenta, resurgió la migración hacia Europa occidental. La principal fuerza motora fueron los problemas económicos y políticos en los países de origen. Los nuevos migrantes llegaron como trabajadores (tanto legales como ilegales) pero también cada vez más como solicitantes de asilo. Muchos provenían de África, Asia y América Latina, pero a finales de los ochenta las crisis en la Unión Soviética y en Europa del este significaron nuevos traslados del este al oeste.

Para mediados de los años noventa, los flujos de inmigración a muchos países de Europa occidental se habían estabilizado y en varios decayeron desde los máximos niveles de 1991-1992. No obstante, empezó un nuevo debate acerca de la futura necesidad de inmigrantes. La baja fecundidad conducía a una nueva caída demográfica y a una población que aumentaba en edad (Münz, 1996). Alemania comenzó a reclutar nuevos tipos de "trabajadores huéspedes" de Europa del este, con frecuencia bajo condiciones incluso más onerosas que con el antiguo "sistema de trabajadores huéspedes" (Rudolph, 1996). Aun así, Europa del este no ofrece reservas demográficas a largo plazo: la tasa total de fecundidad es baja y la expectativa de vida de hecho se reduce en algunas áreas debido a los factores ambientales (la tasa total de fecundidad es el número promedio de nacimientos por mujer durante su vida, suponiendo una fecundidad constante; la tasa necesaria para mantener constante una población es poco más de dos hijos por mujer). La alta fecundidad aunada a las poblaciones jóvenes desempleadas del norte de África y Turquía se muestran bajo una luz ambivalente ante muchos europeos. Por un lado, son vistos como fuente de mano de obra para las fábricas y los sitios de construcción, además, como quienes podrían atender a los ancianos; por el otro, hay temores de ser "inundados" por los nuevos flujos de llegada.

El debate logró un nuevo ímpetu en el año 2000, a través de un reporte en *Replacement Migration,* de la División de Población de las Naciones Unidas (UNPD, 2000), que presentaba cálculos detallados sobre la caída en la fecundidad en los países desarrollados y cómo estos afectarían el tamaño y la edad de la población. Mostraba cómo, según las tendencias actuales, las poblaciones podían disminuir de manera dramática. Por ejemplo, la población italiana podría descender de 57 millones en el año 2000 a tan sólo 41 millones para el 2050. Esto lleva a la pregunta de si un incremento en la inmigración podría compensar el cambio demográfico, mantener el tamaño de la población general, la población en edad de trabajar, o la proporción de trabajadores respecto a los dependientes. La División de Población de las Naciones Unidas mostró que serían necesarios niveles de inmigración altos en extremo para lograr dichos objetivos; además, dejó entrever que esto no sería deseable ni realista en el contexto de las otras metas sociales y políticas. Tal conclusión fue compartida por la mayor

parte de los comentaristas y diseñadores de política. No obstante, el fuerte impacto público del reporte abrió nuevos debates sobre la necesidad de migración laboral capacitada y no capacitada hacia los países desarrollados, además ayudó a debilitar el mito de las "políticas de cero inmigración".

Una tendencia ascendente en el patrón general de la migración internacional hacia los estados del área de la OCDE se hizo visible para 1997 y se confirmó en 1998 y 1999 (OCDE, 2001: 13). Una diversidad de factores contribuyó a ello. En los 15 estados de la UE durante 1999 se recibieron 342,000 solicitudes de asilo, en comparación con 227,000 en 1996. También hubo un número creciente de traslados de trabajadores temporales y altamente capacitados. Varios gobiernos percibían una escasez real o inminente de trabajadores altamente calificados en los sectores de la información y la comunicación. Al mismo tiempo, el avance en la edad de la población afectaba la oferta y la demanda de mano de obra en sectores como salud, educación y servicios domésticos (OCDE, 2001: 14). Emblemáticas de ello serían la aprobación por parte de Alemania de una nueva ley de inmigración en el año 2002 autorizando un aumento en la inmigración, en particular de trabajadores altamente calificados, y la decisión de Estados Unidos de autorizar una ampliación en la disponibilidad de las visas H-1B para los profesionales altamente capacitados.

Sur de Europa

Italia, España, Portugal y Grecia comprenden un claro subgrupo de estados de la UE en lo que respecta a la migración internacional. Hasta 1973 se les veía como tierras de emigración. Pero más tarde, en diferentes coyunturas y en diversos grados, sufrieron transiciones migratorias (para más explicación sobre el término véase capítulo 6) convirtiéndose en tierras de importancia tanto para la emigración como para la inmigración. En el periodo posterior a la Guerra Fría su papel como tierras de emigración había disminuido, mientras que su papel como tierras de inmigración se había acentuado. Han llegado a compartir muchas de las preocupaciones y características de sus compañeros, los estados de la UE en el norte, aunque siguen marcadas por el papel clave que juega la economía subterránea en la conformación de los flujos de entrada, la preponderancia de la migración ilegal en la migración en general y por la débil capacidad de los gobiernos para regular la migración internacional (Reyneri, 2001).

En Italia se duplicó la cantidad de extranjeros con permisos de residencia entre 1981 y 1991, de 300,000 a 600,000 y en la siguiente década esta cifra se duplicó a 1'400,000. Incluyendo a los extranjeros de menos de 18 años que viven con sus padres y por lo tanto no tienen permisos de residencia, la población extranjera total que reside legalmente alcanzó aproximadamente

1'500,000, es decir, 2.6 por ciento de la población residente en Italia durante el año 2001 (Strozza y Venturini, 2002: 265). Se calcula que existen otros 300,000 residentes extranjeros indocumentados (Calavita, 2003). La mayoría de los extranjeros con residencia legal llegaron de manera ilegal o violaron las condiciones de su visa y posteriormente fueron legalizados. Las cuatro principales legalizaciones autorizadas desde 1986 han tenido requisitos variables. El procedimiento de 1998, conocido como Ley 40, estuvo abierto a los extranjeros con trabajo y a los miembros de las familias de los extranjeros legalmente residentes. Se esperaba que unas 300,000 personas obtuvieran su residencia, en comparación con las 118,700 del periodo 1987-1988, 217,700 en 1990 y 147,900 en 1996 (OCDE, 2000: 56). Al igual que en el caso de las recientes legalizaciones españolas, muchos extranjeros que se legalizaron en Italia perderían subsecuentemente su residencia legal debido a la pérdida del empleo, a la falta de renovación de sus permisos o a problemas administrativos y, por lo tanto, es frecuente que se legalicen de nuevo. Una quinta amnistía entraba en operación en el año 2002, pero estaba asociada con nuevas leyes dirigidas a reducir la inmigración, promovidas por el gobierno de coalición de centro-derecha. Ésta había sido diseñada para facilitar la deportación de quienes no cumplieran los requisitos.

El aumento en la inmigración ha coincidido con niveles persistentemente altos de desempleo a nivel nacional, una caída dramática en la fecundidad y una aguda crisis en las áreas vecinas como Bosnia, Kosovo y Albania. No obstante, el patrón predominante parece ser la demanda por parte de los empleadores –impulsada por la economía clandestina, que se supone está mucho más difundida en Italia y otros países del sur de Europa que en el norte. La mayoría de los inmigrantes se trasladan a áreas de Italia donde hay puestos de trabajo disponibles y no a otras con alto desempleo (Reyneri, 2001).

La composición de la población extranjera residente legal ha evolucionado de manera considerable en los años recientes. Los europeos del este ahora son más que los norafricanos, aunque los marroquíes siguen siendo la comunidad más grande, pues comprenden el 11.6 por ciento de todos los extranjeros con permisos de residencia. Los albanos conforman el 10 por ciento de quienes portan permisos de residencia. Los diferentes grupos nacionales varían notablemente en términos de género, pues los inmigrantes de África y el litoral mediterráneo son predominantemente varones, mientras que los del lejano oriente y América Latina son sobre todo mujeres (Strozza y Venturini, 2002: 271).

De manera similar, España, que todavía tiene 2'500,000 ciudadanos expatriados, sufrió una notable transformación cuando la población extranjera aumentó de los 279,000 en 1990 (0.7 por ciento de la población total) a 801,000 en 1999 (2 por ciento) (OCDE, 2001: 282). Mientras que la población extranjera

representaba todavía una pequeña fracción de la población total, su importancia era desproporcionada. En 1991, los partidos políticos españoles llegaron al acuerdo de "despolitizar" los temas migratorios. Pero el pacto se resquebrajó en 1999 cuando el Partido Popular, en el poder, se alejó de él y propuso una plataforma que apoyaba políticas más restrictivas. Entre 1991 y 1999, las legalizaciones sucesivas y las admisiones por cuota tuvieron como consecuencia medio millón de solicitudes de legalización. Se legalizaron unas 273,634, incluyendo a 105,861 marroquíes. Bajo la nueva ley adoptada en el año 2000, otras 243,392 personas solicitaron su legalización. Como en Italia en los años noventa, la inmigración a España se convirtió en un tema socioeconómico y político dominante.

Una preocupación importante ha sido el incremento de las pateras, embarcaciones improvisadas que utilizan los migrantes para llegar de África a España, lo que a menudo trae consecuencias fatales. Estadísticas provisionales e incompletas para el año 2000 revelaron un inmenso crecimiento en la cifra de personas aprehendidas al usar las pateras, de 3,569 en 1999 a 14,893 en el año 2000 (López García, 2001: 129). Los temas de la inmigración bilateral debilitaron la relación entre Marruecos y España. Cuando los líderes de la UE se reunieron para discutir los asuntos de la política de inmigración española en el año 2002, los migrantes del norte de África protagonizaron protestas para expresar que estaban siendo desplazados por los trabajadores de países de Europa del este como Rumania. En el año 2000 se dieron violentos ataques contra jornaleros del norte de África en el área de El Ejido de Andalucía, como secuela del homicidio de una mujer española y el arresto subsiguiente de un joven norafricano con desequilibrio mental (Lluch, 2002).

Las tendencias centrales que afectaron la migración hacia Portugal en el periodo posterior a la Guerra Fría incluyeron el crecimiento en el número de trabajadores no calificados de origen extranjero, en especial en los servicios de construcción y en los servicios domésticos así como la expansión de la economía informal (Baganha y Reyneri, 2001). La población extranjera residente aumentó de 108,000 (1.1 por ciento de la población) a 191,000 en 1999 (1.9 por ciento) (OCDE, 2001: 282). Además, Portugal experimentó el ingreso de las antiguas colonias (en especial Mozambique, Angola, las islas de Cabo Verde y Timor oriental) después de las guerras coloniales desatadas por la Revolución de 1974. Estos inmigrantes africanos y asiáticos tenían derecho a la ciudadanía portuguesa y por lo general hablaban portugués. Muchos de ellos estaban bien integrados y formaron un grupo privilegiado, en comparación con inmigrantes europeos de países no miembros de la UE (como los ucranianos o los rumanos). Esta es una inversión interesante de jerarquías raciales más usuales en Europa. Algunas legalizaciones de residentes extranjeros indocumentados se autorizaron en 1992, 1996 y 2001.

Aun cuando unos 4 de los 10 millones de ciudadanos de Portugal continuaban residiendo en el extranjero, los inmigrantes alcanzaban una cifra mayor que los emigrados después de 1993. Los europeos del este llegaron en grandes cantidades y muchos de ellos a través del tráfico ilegal. En esa época aumentó la preocupación por la explotación de los migrantes (Dieux, 2002).

Hasta 1990, la migración internacional hacia Grecia incluyó sobre todo la repatriación de personas de orígenes étnicos griegos desde el extranjero y la llegada de refugiados en tránsito. En el periodo posterior a la Guerra Fría, la inmigración ha aumentado y los extranjeros constituyeron el 8 por ciento de una población total de cerca de 11 millones y el 13 por ciento de la fuerza de trabajo para el año 2001 (Fakiolas, 2002: 281). En el intervalo de una década, a pesar del alto desempleo, Grecia se convirtió en uno de los estados de la UE más afectados por la migración internacional, que era fundamentalmente ilegal. Una corrupción profundamente enraizada en la administración pública griega contribuyó de manera significativa al flujo de entrada (Fakiolas, 2002: 283). Grecia vio con buenos ojos la repatriación de griegos del Ponto, principalmente de las áreas de la antigua Unión Soviética; unos 150,000 ingresaron entre 1989 y 1999. Se aplicaron además medidas y procedimientos especiales a las personas de origen étnico griego procedentes de Albania. Se encontró que cierta cantidad de certificados de etnicidad expedidos legalmente por parte de los consulados griegos en el extranjero habrían sido fraudulentos (Fakiolas, 2002: 285-286).

Los musulmanes albanos, mientras tanto, se enfrentaron con un tratamiento más duro. Unos 2'400,000 extranjeros han sido deportados desde 1990 y el 80 por ciento de ellos eran albanos (Fakiolas, 2002: 290). La incidencia desacostumbradamente alta de expulsiones y deportaciones reflejaba la escasa capacidad del estado griego para regular la migración internacional a través de medidas como vigilar que se aplicaran las leyes contra el empleo ilegal de extranjeros y la ausencia de una política de legalización hasta 1998. Los sindicatos griegos finalmente lograron una política de legalización, pero estaba mal administrada (Papantoniou-Frangouli y Leventi, 2000). Unos 37,000 extranjeros solicitaron su legalización, pero muchos otros no conocían el procedimiento o se negaron a participar, sobre todo por el temor a ser expulsados. Esto era cierto en particular para los albanos. Para muchos era difícil encontrar empleos que estuvieran protegidos por la seguridad social, o a patrones que quisieran declarar ante la administración de la seguridad social y que por tanto aceptaran la obligación de pagar los impuestos de la nómina (Papantoniou-Frangouli y Leventi, 2000: 955). La legalización, no obstante, incrementó 14 veces el número de inmigrantes que no eran de origen griego y que tampoco eran parte de la población de la Unión Europea (Fakiolas, 2002: 292).

La primera década del periodo posterior a la Guerra Fría, por ende, fue testigo de una dramática transformación del sur de Europa, a consecuencia, sobre todo, de la inmigración ilegal. Los procedimientos de legalización permitieron a millones de migrantes lograr un estatus legal, pero no alteraron los procesos subyacentes que facilitaban la migración ilegal. De ahí la necesidad de políticas de legalización recurrentes. Muchos de los migrantes pertenecían a círculos elitistas de jóvenes de las tierras de emigración de Europa del este y el norte de África. Tenían los recursos, tanto personales como materiales para intentar una migración típicamente agotadora y peligrosa, hacia sociedades con las que en gran parte no estaban familiarizados (Reyneri, 2001: 12).

Europa central y del este

El conjunto de los países que comprenden esta área buscan unirse a la UE. Polonia, Hungría, la República Checa, Estonia y Eslovenia comenzaron a negociar su membresía en 1998, mientras que Bulgaria, Lituania, Latvia, la República Eslovaca y Rumania les siguieron en el año 2000. Las dos oleadas de candidatos para la Unión Europea difieren en muchos aspectos, pues el primer grupo goza de un nivel marcadamente superior de desarrollo económico. La vasta región que se extiende desde la frontera del Oder-Niesse entre Polonia y Alemania hasta las estepas eurasiáticas de la Federación rusa y de los estados bálticos hacia el sudeste rumbo a los mares Mediterráneo y Negro es extremadamente heterogénea. Es claro que estados como Ucrania, Yugoslavia y Bielorusia no pueden ser denominados como altamente desarrollados, pero en cambio conforman la región de reserva en el este para una UE emergente de unos 25 miembros, según se espera para el año 2007.

Las negociaciones para conseguir membresía en la UE, han tenido como resultado cambios dramáticos en las políticas de inmigración en los estados que se plantean como candidatos, ya que se les exige aceptar el conjunto de *aquis communautaires* (legislación comunitaria) de la UE, incluyendo el Acuerdo de Schengen del 14 de junio de 1985, el cual buscaba abolir la revisión de pasaportes en las fronteras internas entre los estados signatarios y crear una frontera externa común. De ahí que los candidatos para ampliar la UE buscaron armonizar sus políticas relacionadas a la inmigración con una política emergente de inmigración para la UE, la que se espera haya sido conformada para el año 2004, pero cuyos perfiles aún son difíciles de discernir. De mayor importancia incluso es el hecho de que los estados candidatos han debido requerir visa a los ciudadanos de los estados vecinos que no aspiran a la membresía de la Unión Europea.

En tiempos pasados, viajar entre estados como Ucrania y Polonia no dependía de la obtención de una visa –herencia de los regímenes comunistas. Para

cumplir con los requisitos previos a la emisión, los estados solicitantes tienen que transferir importantes recursos presupuestales en el desarrollo de una dependencia gubernamental que cumpla con las funciones de control de las fronteras externas. Efectivamente, detrás de la fuerza motriz de la ampliación hacia el este de la Unión Europea ha estado el deseo de crear una zona de protección de la migración en Europa central y oriental que desplazaría hacia el este muchos de los problemas y temas asociados al control fronterizo (Nygård y Stacher, 2001). A cambio de la concesión hecha a los estados de la UE del área definida en el tratado de Schengen, de entrar sin visa, los estados candidatos han debido firmar acuerdos de readmisión para aceptar de regreso a los nacionales de terceros países que crucen su territorio y entren de manera ilegal a estados como Alemania y Austria.

Con la caída de la cortina de hierro en 1989-1990, se temió una migración masiva incontrolable proveniente de los países de la antigua área del bloque de Varsovia. No se materializaron los movimientos de la magnitud que se temía, aunque sí emigraron 1'200,000 personas en los primeros tres años. La mayor parte era de minorías étnicas, como alemanes o judíos, que se beneficiarían de tratamientos preferenciales por las políticas de inmigración alemana e israelita. Entre 1990 y 1997, hubo una migración neta total de 2'400,000 personas provenientes de Europa central y del este hacia la Unión Europea, lo que equivalía a alrededor de la mitad de la inmigración total hacia la UE durante ese periodo. Hasta 1'800,000 personas provenían de países que antes eran parte de la Unión Soviética (Hönekopp, 1999: 6-7). Pero después de 1993, disminuyó la emigración de Europa central y del este hacia la UE. Continuaron las salidas significativas de diversas categorías de trabajadores extranjeros temporales y de turistas que aceptaron trabajos temporales en la Unión Europea. Las cifras totales de los trabajadores extranjeros temporales oficialmente admitidos de Europa central y del este hacia Alemania fluctuaban entre 200,000 y 300,000 por año. Alemania y Austria recibieron al grueso de los trabajadores admitidos bajo acuerdos bilaterales (Hönekopp, 1999: 22).

Después de 1993, los estados más avanzados, candidatos a pertenecer a la UE, como Polonia, Hungría y la República Checa, de la noche a la mañana se convirtieron en tierras de inmigración. En general estaban mal preparados para regular la migración internacional, carecían de leyes y agencias administrativas para tratar con diversas categorías de migrantes. Las estadísticas oficiales de la migración internacional no reflejaban la migración no registrada de "turistas" que se empleaban en la economía clandestina o informal. Se calcula que en 1995 Polonia habría recibido unos 800,000 ucranianos que accedieron a un empleo (Okólski, 2001: 115); trabajaban sobre todo en la agricultura y la construcción pero también estaban involucrados en actividades comerciales.

Las disparidades en los niveles de desarrollo económico, salarios y oportunidades, desempeñaron un importante papel en las migraciones intrarregionales. El desempleo en estados como Bielorrusia y Ucrania es mucho más alto que lo señalado por las estadísticas oficiales. Quizá la mitad de los ucranianos que buscan empleo no lo encuentran (Bedzir, 2001). Además, muchos empleados no logran vivir con el ingreso que devengan en su trabajo. De ahí que busquen complementar sus ingresos a través del empleo temporal en el extranjero, sobre todo como turistas que se emplean en puestos a corto plazo, sin registro, o fuera de la contabilidad oficial (Wallace y Stola, 2001: 8).

La mayoría de los estados en la región registraron grandes incrementos en los cruces fronterizos en los años noventa. Polonia y la República Checa registraron, cada uno, más de un cuarto de millón por año (Stola, 2001: 84). Sin embargo, prevalecen la migración de tránsito y turismo para conseguir empleo, que demarcaron la región en la primera década del periodo posterior a la Guerra Fría (Stola, 2001:80). La migración de tránsito implicaba nacionales de un tercer país que se trasladaban a través de Europa central y del este hacia puntos en Europa occidental. Había tres flujos principales. El primero incluía a ciudadanos de países del antiguo Pacto de Varsovia, los que hasta recientemente podían entrar legalmente sin visa y que luego intentaban migrar ilegalmente hacia la UE. Participaban muchos gitanos (o rumanos) de países como Rumania. Un segundo flujo incluía a los refugiados de los conflictos en el oeste de los Balcanes, sobre todo en Bosnia y Croacia de 1991 a 1993 y en Kosovo en 1999. Quienes huían afectaban de manera desigual a los estados vecinos; Hungría y la República Checa recibían más que Polonia. Algunos de los kosovares admitidos a los centros de recepción de refugiados en Polonia, acabaron por arribar a Alemania (Stola, 2001: 89). El tercer flujo consistía en personas de tierras distantes en África y Asia. La URSS había servido como barrera a los migrantes lejanos. Cuando se desintegró, los estados que le sucedieron se convirtieron en un puente fácil de cruzar para pasar entre polos de desigualdad económica (Stola, 2001: 89). Los contrabandistas y traficantes de extranjeros proliferaron en este ambiente y siguen profundamente arraigados a pesar de las medidas en su contra (IOM, 2000a).

Dentro del área de la ex Unión Soviética, también hubo movimientos significativos de poblaciones entre los estados que quedaron tras la desintegración. Para 1996, se habían repatriado 4'200,000 personas, de manera fundamental rusos étnicos que se trasladaron a la Federación rusa. Además, había cerca de 1 millón de refugiados por diversos conflictos, y unos 700,000 refugiados por desastres ecológicos, provenientes sobre todo de áreas afectadas por el desastre de Chernobyl (Wallace y Stola, 2001: 15).

La categoría de falso turista o de turista en busca de empleo incluyó a muchos pequeños comerciantes. En conjunto, el periodo posterior a la Guerra Fría

ha tenido como consecuencia un patrón de migración enormemente complejo, el cual ha sido entendido de manera apenas parcial. Parte de esa complejidad se hizo evidente en las estadísticas de los extranjeros en los estados vecinos. En Hungría, la mayoría de los extranjeros provenía de Rumania; en Polonia y la República Checa, de Ucrania; y en la República Eslovaca, de la República Checa (OCDE, 2001: 69-74). La mayor parte de los movimientos migratorios se concebían como de naturaleza "pendular" o a corto plazo; lo que no era inusual en las etapas tempranas del proceso migratorio. La cuestión real tiene que ver con lo que pasará a las poblaciones migrantes después de que se amplíe la UE. Lo más probable es que la dinámica que defina la región después de 1990 se vea afectada en un volumen considerable. Mucho dependerá de la curva de aprendizaje de las administraciones públicas en esos países, qué tan rápido pueden absorber y poner en práctica políticas que sean consistentes con las operadas por estados como Alemania.

Los estudios acerca del tráfico de personas en Europa central y del este sugerían que había una distancia considerable por atravesar. Una preocupación de importancia se relacionaba con la arraigada corrupción e incapacidad de los gobiernos para contratar y entrenar personal suficiente por los salarios tan bajos (IOM, 2000a: 174-176). La República Yugoslava, Albania, Bosnia-Herzegovina y la antigua República Yugoslava de Macedonia no serían parte del proceso de ampliación de la UE; su proximidad e inestabilidad complicaban en gran parte el cuadro de la migración regional. Un desarrollo insuficiente de la capacidad gubernamental para regular la migración internacional obstaculizaba el prospecto de acceso para muchos de los países candidatos, a pesar de su participación en foros intergubernamentales como el del Proceso de Budapest y la estipulación de la asistencia de la UE para contribuir a la capacidad de los gobiernos para regular la migración (Geddes, 2000: 9 y IOM, 2000: 117). Austria hizo saber que se opondría a la ampliación hasta que Hungría y la República Checa hicieran más seguras sus fronteras (Hárs *et al*., 2001: 269).

Las cifras de solicitantes de asilo en la República Checa y en Hungría en 1998, que alcanzaron los 4,086 y los 7,386, respectivamente, fueron más altas que las registradas en los estados miembros de la UE como Finlandia y Grecia, correspondientes, en ese orden, a 1,272 y 2,953. La mayoría de las solicitudes fueron rechazadas, pero pocos solicitantes retornaron a casa. En algunas instancias, esto era consecuencia de que los países de origen fueran inseguros, o porque los migrantes carecían de documentos oficiales. En otros casos, el costo de regresar a los solicitantes rechazados resultaba prohibitivo. Los estados de Europa central y del este en ocasiones no tenían presencia diplomática o consular en los estados distantes para facilitar la repatriación. Las naciones que planteaban los problemas más grandes en términos de repatriación eran la Re-

pública Federal de Yugoslavia, Afganistán, China, Vietnam, Sri Lanka, Irak y la India (Lazcko, 2001).

A pesar de la magnitud de las transformaciones que conlleva la migración internacional en el periodo posterior a la Guerra Fría, la política interna de los estados del centro y el este de Europa se vio relativamente libre de influencias. Se dio poca politización de los temas migratorios y las élites políticas no parecían prestarles mucha atención, aun cuando la tan importante apuesta hacia el acceso a la UE por los estados candidatos dependía de la reforma de las políticas de inmigración (Drbohlav, 2001: 216; Hárs *et al*., 2001: 264 y Stola, 2001: 190-191). Esta situación empezó a cambiar en Hungría a finales de 1997. En marzo de 1998, el secretario de Estado del Ministerio del Interior declaró: "Schengen se ha convertido en el último elemento para el acceso. No hay posibilidad de derogación" (Hárs *et al.*, 2001: 268). Posteriormente, la coalición de los partidos conservadores hizo campaña en apoyo de la necesidad de fuertes controles fronterizos y de revisión de las políticas de concesión de visas. Ganaron las elecciones y pronto empezaron a poner en práctica las reformas.

Norteamérica y Australia

La migración a Estados Unidos se incrementó de manera constante después de 1970. La inmigración total, que se refiere a los extranjeros a quienes se les concedió la residencia legal permanente se incrementó de 4'500,000 de 1971-1980 a 7'300,000 entre 1981-1990 y a 9'100,000 entre 1991-2000. En el año fiscal de 2000, se admitieron 850,000 migrantes. La cantidad de residentes nacidos en el extranjero y de hijos de inmigrantes en Estados Unidos también creció en forma dramática durante ese periodo de 30 años, pues ascendió a 56 millones a partir de los 34 que había en 1970 (Scott, 2002). Las personas nacidas en México comprendían más de un cuarto de la población nacida en el extranjero en el año 2000. La mayoría de los inmigrantes pretendía residir sólo en seis estados (California, Nueva York, Florida, Texas, Illinois y Nueva Jersey), pero los años noventa fueron testigos de una dispersión espacial de los migrantes desde los seis estados de entrada hacia el área rural de Norteamérica. En el año fiscal 1999 se naturalizaron 840,000 personas, pero había un rezago de más de un millón de solicitudes de naturalización pendientes de resolver (US Immigration and Naturalization Service, 2002a: 12).

Las enmiendas al Acta de Inmigración y de Nacionalidad de 1965 tuvieron resultados inesperados (véase Borjas, 1990: 26-39). Los residentes en Estados Unidos con origen en América Latina y Asia, tuvieron posibilidades de apegarse a los artículos de reunificación familiar para iniciar los procesos de migración en cadena, lo que implicó un cambio importante en la composición étnica. En

el periodo 1951-1960, los europeos representaban el 53 por ciento de los nuevos inmigrantes, en comparación con 40 por ciento provenientes de América y sólo el 8 por ciento de Asia. En 1999 los europeos representaban sólo el 15 por ciento de todos los migrantes, mientras que el 46 por ciento provenía de América (a excepción de Canadá) y el 30 por ciento de Asia. México ha sido el país de origen con la mayor cantidad de inmigrantes hacia Estados Unidos desde hace muchos años. En 1999, el 23 por ciento de todos los inmigrantes eran mexicanos (US Immigration and Naturalization Service, 2002a: 22). Otros países importantes de origen en 1999 (de 20,000 a 32,000 inmigrantes cada uno) fueron China, Filipinas, Vietnam y la India.

El Acta de Inmigración de 1990 fue diseñada para incrementar la cantidad de inmigrantes admitidos con base en la capacitación, pero también conservaba los niveles de reunificación familiar y de asentamiento de refugiados, lo que condujo a un aumento general en los ingresos. Establecía, además, nuevos programas de admisión para los grupos que se consideraban afectados por las enmiendas de 1965 (OCDE, 1995: 130). Una lotería mundial distribuye ahora al azar 55,000 visas por año, dependiendo de ciertas características básicas. Quedan excluidos los nacionales de los 11 países de origen de las mayores cantidades de inmigrantes legales a Estados Unidos. Los solicitantes sólo deben escribir sus nombres y los de su cónyuge e hijos en un papel que envían por correo junto con sus fotografías al centro de procesamiento en Estados Unidos.

Buena parte de la inmigración de mexicanos inició como traslado temporal (y con frecuencia ilegal) de mano de obra que cruzaba la frontera sur. Los jornaleros de México (y en menor grado de otros países centroamericanos y del Caribe) han desempeñado un papel central en las corporaciones agrícolas en Estados Unidos, las que se han opuesto a cualquier medida para un control efectivo, como pueden ser las sanciones contra quienes empleen a trabajadores ilegales. En el año 2000 la cantidad de residentes indocumentados se calculaba en casi 9 millones, en comparación con los cinco que había en 1996. El Acta de Reforma y Control de la Inmigración (ARCI) de 1986 autorizó una amnistía limitada que implicó unos tres millones de solicitudes (más del 70 por ciento de los mexicanos) (Borjas, 1990: 61-74). La mayoría de los solicitantes (cerca de 2'700,000) recibieron el estatus de extranjeros residentes, lo que les daba el derecho de traer consigo a sus dependientes y establecer así nuevas cadenas migratorias. La ARCI también impuso sanciones contra quienes emplearan trabajadores ilegales. De los casi 850,000 inmigrantes legales del año fiscal 2000, más de la mitad habían sido migrantes indocumentados, refugiados o asilados que estaban viviendo en Estados Unidos y que ajustaron su estatus a través del INS (Immigration and Naturalization Service) (INS, 2002b: 2).

La inmigración ilegal se disparó debido a la facilidad con que era posible falsificar los documentos de identidad, lo que redujo la posibilidad de sancionar a los patrones de trabajadores ilegales. Para 1996, el disgusto público por la inmigración ilegal llevó a la adopción de una nueva ley que incrementó significativamente el personal del INS, reforzó las barreras legales a la entrada ilegal (altas cercas, vigilancia con video y más patrullas en la frontera) y permitió la construcción de instalaciones de detención adicionales. Se introdujeron también medidas para negar los beneficios públicos a los residentes ilegales. El INS ha recibido el mayor incremento presupuestal que haya tenido agencia alguna del gobierno federal en años recientes. Quienes apoyan medidas de vigilancia más drásticas creen que la residencia y el empleo ilegales estarían más difundidos en su ausencia; mientras que los críticos consideran que una mayor vigilancia podría estar mal enfocada y en algunas instancias sería contraproducente además de peligrosa. Un número creciente de inmigrantes ilegales ha perecido porque los controles fronterizos más estrictos lo ha llevado a intentar formas más peligrosas de entrar por áreas remotas. Más de 71,000 extranjeros ilegales fueron repatriados en el año fiscal 2000 y más de 1'800,000 aprehendidos (INS, 2002b: 2). Es claro que la inmigración sigue siendo una de las principales fuerzas que conforman a la sociedad estadounidense. El volumen de ingresos, la concentración de asentamientos en ciertas áreas y la composición étnica cambiante son factores que tal vez traigan consigo cambios sociales y culturales considerables.

Canadá sigue siendo uno de los pocos países en el mundo con una política de inmigración activa y expansiva que se propone el establecimiento permanente. La cifra total de ingresos aumentó de 89,000 en 1983 a cerca de 190,000 en 1999. En 1990, el gobierno canadiense anunció un plan quinquenal de inmigración, diseñado para conservar los principios de la reunificación familiar y el apoyo a los refugiados e incrementar al mismo tiempo los ingresos de trabajadores calificados. La cifra de admitidos aumentó de 214,000 en 1990 a 255,000 en 1993, pero luego disminuyó a 212,000 en 1995, por las magras condiciones económicas. Los cinco millones de extranjeros residentes representaban el 17 por ciento de la población canadiense en el censo de 1996 (OCDE, 2001: 147). No obstante, las concentraciones eran mucho mayores en ciudades como Vancouver y Toronto. Los ingresos desde Asia, África y el Medio Oriente han aumentado en forma rápida, mientras que la migración europea se ha reducido. En 1999, el 51 por ciento de los inmigrantes provenía de Asia y el Pacífico, mientras que el 21 por ciento provenía de Europa (OCDE, 2001: 143). Más del 50 por ciento en 1999 eran trabajadores calificados o empresarios y menos de una tercera parte entró por motivos de reunificación familiar.

Los australianos, en contraste, se han vuelto escépticos respecto a la inmigración y las políticas de ingreso se han hecho más restrictivas desde 1996. Mientras se acentúa el criterio de la capacitación, se limita la reunificación familiar. Asimismo, Australia ha modificado dramáticamente su posición sobre los ingresos por razones humanitarias y se ha alejado de su política de admisión, tradicionalmente generosa, hacia una que se fundamenta en la exclusión y la detención obligatoria de quienes buscan asilo. Estos cambios se describen en detalle en el capítulo 8 y por ello no se presentan aquí. En el capítulo 9 se encuentra más información acerca de las comunidades étnicas (es decir, las etapas posteriores en el proceso migratorio) en muchos de los países de inmigración.

Conclusión

Este panorama de la inmigración internacional a los países desarrollados desde 1945 no puede decirse que esté completo. Hemos tratado en cambio de mostrar algunas de las tendencias principales y vincularlas con las diversas facetas de la economía política global. El aumento en los movimientos migratorios en el periodo posterior a 1945, en particular desde mediados de los años ochenta, indica que la migración internacional se ha convertido en parte crucial de las transformaciones globales. Está vinculado a la internacionalización de la producción, la distribución y la inversión y, de manera igualmente importante, con la globalización de la cultura. El final de la Guerra Fría y la caída del bloque soviético añadieron nuevas dimensiones a la reestructuración global. Una de éstas la constituye el cambio en la dirección de algunas inversiones de los países capitalistas avanzados que se retiraron del sur de Europa para dirigirse al este. Otra dimensión fue el crecimiento de la migración entre el este y el oeste y el ingreso de países previamente aislados en los flujos migratorios globales.

Muchas de las migraciones a gran escala se originan sobre todo por razones económicas. El reclutamiento de mano de obra y la migración laboral espontánea fueron particularmente significativas en el periodo 1945-1973. En los años siguientes, tomaron mayor importancia otros tipos de migración, como los traslados de reunificación familiar o de refugiados o solicitantes de asilo. Incluso las migraciones en las que han predominado las motivaciones no económicas, han tenido efectos significativos en los mercados de trabajo y en las economías tanto de las áreas de origen como las de destino. Sin embargo, es igualmente verdadero que ninguna migración puede entenderse adecuadamente sobre la base nada más de criterios económicos. Las causas económicas de la migración echan raíces en procesos de cambio social, cultural y político. El efecto en las

sociedades de origen y de destino es siempre más que económico: la inmigración cambia las estructuras demográficas y sociales, afecta las instituciones políticas y contribuye a transformar las culturas.

A principios de los años noventa, Europa occidental estaba en garras del temor a flujos de ingreso no controlados del este y el sur. Para 1995, el escenario se alejaba, tanto por los cambios en los países de origen como por el aumento en la severidad de las reglas de entrada y los controles fronterizos. En la segunda edición de este libro (publicada en 1998) hicimos notar una reducción en la migración hacia los países desarrollados, pero argumentamos que esta podría ser una faceta temporal, como la de finales de los setenta, que podría abrir camino para movimientos aún más grandes en el futuro. Ese ha resultado ser el caso, con incrementos significativos en los ingresos desde alrededor de 1997, al igual que se han diversificado los tipos de migración. El principal incremento se ha dado en el asilo, la migración ilegal y la migración calificada.

Buena parte depende de las decisiones políticas y de las acciones gubernamentales, incluyendo la distribución de recursos para vigilar que se cumplan las leyes de ingreso y de la cooperación internacional en el manejo de la migración. Los estados y los cuerpos regionales pueden afectar, y lo hacen, las consecuencias de la migración y existen razones para creer que las medidas de control tienen algún efecto para reducir la migración "no deseada". Sin embargo, las políticas de control pueden tener también consecuencias inesperadas y negativas -como el crecimiento de los movimientos ilegales y el contrabando de personas. En el largo plazo, las medidas que cuentan son las que se dirigen a "las raíces" y hay todavía mucho por recorrer antes de que sean realmente efectivas. Éstas constituyen el tema del siguiente capítulo.

Lecturas recomendadas

Castles y Kosack (1973 y 1985) ofrecen un estudio comparativo de los trabajadores inmigrantes en Francia, Alemania, Suiza y Gran Bretaña durante la etapa de reclutamiento masivo de mano de obra entre 1945 y 1973. Castles *et al*. (1984) continúan la narración para el periodo posterior al fin del reclutamiento en 1973-1974. Portes y Rumbaut (1990) analizan en detalle el establecimiento reciente de los migrantes en Estados Unidos, en tanto que Collins (1991) ofrece una valiosa narración de la inmigración de la posguerra hacia Australia. Hammar (1985a) aporta un estudio comparativo de la posición de los inmigrantes en los países del occidente de Europa. Los números especiales de la *International Migration Review* 23: 3 (1989) y 26: 2 (1992) aportan también material comparativo. Los reportes de la OCDE (mencionados en las lecturas recomendadas de la introducción aportan datos útiles sobre los movimientos migratorios y las

poblaciones inmigrantes. Harris (1996) ofrece una visión general de la migración global, mientras que Stalker (1994) presenta una imagen global, aporta tablas y cuadros muy útiles. Zolberg *et al*. (1989) examinan los movimientos globales de refugiados, en tanto que el UNHCR (1995) aporta amplia información más reciente. Los temas de la regulación se discuten en Teitelbaum y Weiner (1995).

Entre las compilaciones importantes sobre la migración en Europa se encuentran Rocha-Trindade (1993); Fassman y Münz (1994); Messina (2002) y OCDE (2001). Respecto a Europa central, véase Wallace y Stola (2001) y para el sur de Europa véase Baganha (1997); Luso-American Development Foundation (1999); King *et al*. (2000) y King (2001). Horowitz y Noiriel (1992) y Togman (2002) abordan comparaciones entre Francia y Estados Unidos.